

El coronel Macià

De la docena y media de películas que suelen estrenarse cada viernes en Barcelona, la casi totalidad de ellas desaparece de las salas de exhibición a la semana siguiente. No duran en pantalla. Salvo cuando obtienen ya de entrada un éxito de taquilla, muy a menudo inducido por las expectativas creadas por una promoción de gran presupuesto. Pero a las películas que no vienen de Hollywood les es difícil mantenerse hasta captar el interés del espectador. Muchas veces, cuando empieza a funcionar el boca a oreja la película ya no está en cartelera.

Hago esta previa porque creo que nos convendría a todos apoyar más a los creadores de aquí. Comprar preferentemente productos de cercanía es la mejor manera de solidarizarse con la creatividad y con la industria local. Y esto vale tanto para los libros de autor vivo y de referentes de proximidad como para las obras artísticas, de teatro o de cine hechas en casa. Como consumidores de productos culturales también tenemos nuestra parte de responsabilidad en cómo se va configurando el mercado, si no queremos que sea sólo un mercado de importación totalmente subsidiario de los intereses de las grandes multinacionales.

Así que vayan a ver en seguida que puedan *El coronel Macià*, el último largometraje de Josep Maria Forn, que ya demostró su buen hacer no sólo en *La piel quemada*, sobre la inmigración, sino también en *Companys. Procés a Catalunya*. Forn es un director que se interesa por lo cercano y que no elude nunca la realidad y sus problemas de fondo. Y que realiza películas como ésta a partir de haberse hecho preguntas sobre la actualidad. Porque, a pesar de que *El coronel Macià* nos explique una historia aparentemente del pasado, está aludiendo a una cuestión muy del presente. Y es la de si es posible ser catalán con conciencia diferencial sin ser español de segunda.

Macià creyó hasta un momento dado que ser catalán, militar de profesión, y sentirse español como el que más era perfectamente compatible. Pero el asalto de parte de la guarnición de Barcelona contra *Cu-cu!* y la redacción de *La Veu de Catalunya*, una agresión de connotaciones catalanofóbicas

que no tuvo consecuencias disciplinarias, le situó en una disyuntiva que vino a marcar su evolución personal y su compromiso político. Obligado a escoger entre su continuidad como oficial de carrera y su condición de diputado electo por la coalición

TENEMOS

nuestra parte de
responsabilidad en
cómo se configura
el mercado

Solidaritat Catalana (que aglutinó todo el descontento por una interpretación de España estructuralmente separadora), Francesc Macià, muy a su pesar, tuvo que dejar el ejército cuando llevaba en él treinta y dos años de servicio. Y su caso tiene mucho de caso Dreyfus.

Francesc Macià nació y vivió en Vilanova i la Geltrú hasta los quince años. Su vocación militar creció bajo el mito del general Prim y viendo las oscilaciones de la guarnición de caballería en nuestra plaza de los cuarteles. En la película de Forn ya se ve cómo de niño Macià solía "calar la bóta", o echar a volar cometas, en la playa de Vilanova. En 1714 Felipe V lo había prohibido a los catalanes (como también en su momento los talibanes a los afganos). Un compañero de aquellos juegos infantiles le recordaba al Macià ya presidente que su *estel* volaba siempre más alto. Y sí, fue un soñador con suerte, un luchador por el ideal de una Catalunya más libre, cuya vida se ha convertido en un mito.●